

Tres versiones de Andrés Ibáñez

“La igualdad es una
expresión de envidia”

Alexis de Tocqueville

“Cuando no hay en la tierra una sola
cosa que el olvido no borre
o que la memoria no altere
y cuando nadie sabe
en qué imágenes lo traducirá el porvenir”

Jorge Luis Borges, Mutaciones



Marcelo Añez Mayer
Enero, 2024

Uno **Otra mirada**

Pasa algo curioso con Andrés Ibáñez; es difícil definirlo, encasillarlo. Sucede lo mismo con uno de los más grandes políticos bolivianos del siglo XX, Víctor Paz Estenssoro, cuyo pragmatismo -o evolución- hizo que pasara de ser percibido como un estatista nacionalizador en 1952 a un liberal que redujo, cerró o vendió al sector privado las empresas estatales deficitarias en 1985, de ese mismo modo es difícil clasificar a Andrés Ibáñez.

Como en todo mito hay en Andrés Ibáñez algo camaleónico. Algo de espejo, que hace que cada quien proyecte en él su propia orientación ideológica. Que vea en su figura el reflejo de lo que íntimamente quiere ver. A lo mejor es por eso que Ibáñez es un mito que puede ser rescatado al mismo tiempo por visiones opuestas, por corrientes ideológicas distintas y antagónicas; puede ser reivindicado tanto por la izquierda por su igualitarismo como glorificado por la derecha a causa del federalismo.

Para Guillermo Lora¹, Andrés Ibáñez fue un pionero del “socialismo obrero” en Bolivia. Daniel Pérez Velasco² halla en él a un precursor de la lucha del pueblo contra la oligarquía patronal. Para el historiador ruso Andrey Schelchkov³, encarnó Ibáñez el conflicto entre la unión del poder central con la élite emergente versus la élite decadente. Y pese a lo poco que dejó escrito el propio Ibáñez, para el reconocido intelectual Carlos Hugo Molina⁴, Andrés Ibáñez es una figura que, por el vanguardismo y profundidad de su pensamiento anarquista, bien podría ser un caudillo para este siglo XXI.

Hoy en día para muchos cruceños Andrés Ibáñez es el más puro y mejor exponente del federalismo, campeón de la aspiración de autodeterminación oriental frente a un poder concentrado en los andes.

De entre todas esas variantes considero que es posible identificar al menos tres versiones diferentes de Andrés Ibáñez:

1. **El igualitario** hijo natural de un hombre poderoso, criado en una sociedad al mismo tiempo clasista, beata y libertina. El abogado educado en Sucre. El hombre apegado a las clases inferiores para horror de una parte de la élite de la época. El comunista, influenciado por ideas de la Revolución francesa (*liberté, égalité, fraternité*) y el populismo de Belzu. El igualitario que pregonaba la expropiación de las fortunas para beneficio del pueblo, y que creía necesario un bautismo de fuego en Santa Cruz. El terror de los ricos de la época.
2. **El federalista** visionario del sinsentido que representa el hecho de que una tierra cuyos habitantes se las arreglaron como pudieron por sí solos durante siglos, de tradición individualista y acostumbrada a vivir en libertad, tierra que lo tiene todo para sostenerse a sí misma, sea sometida cual colonia por quienes se inventaron una nación para hacerse de un feudo propio, y que sostienen su condición opresora gracias a una legalidad inventada por ellos mismos con ese fin. El proto-secesionista, campeón de la autodeterminación oriental. Amante de esta región y enemigo jurado del andinocentrismo.
3. **El hombre de poder** inteligente, ambicioso y valiente. Que por méritos propios se sabe destinado y merecedor a conducir los destinos colectivos. El pragmático, a quien le da lo mismo una causa que otra (el igualitarismo o el federalismo) mientras que sea él quien conduzca el destino de los demás.

Otra mirada sobre Andrés Ibáñez, sabiendo lo que hoy sabemos, permite conjeturar que el igualitarismo fue genuinamente la causa de su vida. Y que detrás de eso estaba la búsqueda de poder como verdadero motor de sus actos. El federalismo, adoptado al final, meses antes de su muerte, aparece más bien como un medio manoteado a último momento.

¹ “Historia del movimiento obrero boliviano 1848-1900”, Guillermo Lora, 1967.

² “Andrés Ibáñez, caudillo del oriente”, Daniel Pérez Velasco, 1972.

³ “Andrés Ibáñez y la revolución de la igualdad”, Andrey Schelchkov, 2011.

⁴ “Andrés Ibáñez, un caudillo para el siglo XXI”, Carlos Hugo Molina, 2012.

Se dice que no debe juzgarse las ideas del siglo XIX desde el siglo XXI. Lo que no quiere decir, sin embargo, que deban eximirse los errores del pasado. Lo que estuvo mal antes sigue estando mal hoy. Por ejemplo la idea de esclavizar a otro ser humano, argumentando su carencia de alma o una supuesta inferioridad racial, estuvo mal antes y es impensable hoy en día.

Algo parecido sucede con las ideales de igualdad, que no funcionaron antes ni tampoco ahora. Ni funcionarán nunca. Vivir en el pasado tenía atenuantes, es cierto. Digamos en 1876; en ese momento los sangrientos episodios de la Revolución francesa (1789-1799) y la Comuna de Paris (1871) despertaban en algunos entusiasmo y deseos de emularlos. Y era imposible entonces prever los resultados de ese primer intento de aplicación de la teoría marxista que fue la Revolución rusa de 1917. Menos los desastrosos nuevos experimentos sociales del primer cuarto del siglo XXI en Latinoamérica.

Contrariamente a lo que comúnmente se piensa, el libre mercado no genera desigualdad sino que sólo visibiliza las diferencias materiales que resultan de las dispares cantidades de esfuerzo, talento y suerte que invierten y poseen las personas. La desigualdad es anterior al capitalismo e inherente al ser humano.

Los ideales de igualdad, que tan bien suenan, suelen estar movidos realmente por la envidia y el resentimiento, poderosos motores de la conducta humana. Abajo del disfraz bonachón, su esencia es negativa. Tal vez por eso terminan siempre creando el infierno en la tierra; instaurando una igualdad en la miseria a través de la violencia y el terror. Incluso en sus versiones posmodernas de “justicia social” o “redistribución”, que con sus enfoques pobristas satanizan la creación de riqueza y se orientan casi exclusivamente hacia el saqueo y reparto de la riqueza creada por otros, gastando lo que no hay.

Dicho en cortito: la desigualdad es un problema para el envidioso, para el resentido. El problema no es la desigualdad, el problema es la pobreza.

Dos

Su tiempo

La Santa Cruz de la Sierra de 1876 se asemejaba todavía bastante a la descrita un siglo atrás por Gabriel René Moreno⁵, seguía siendo, antes que una ciudad, un enorme conjunto de casas y pequeñas granjas, separadas entre sí por senderos abovedados por enramadas floridas y fragantes. Una especie de aldea española trasplantada a una llanura americana, aislada, cuyos habitantes, hermosos como el sol y pobres como la luna, no hablaban otra cosa que castellano. Y que entre ellos se voseaban unos a otros, reservando el uso del “usted” para quienes se deseaba mantener socialmente a raya.

En total había poco más de dos mil casas, habitadas por unas diez mil personas, de las cuales, aproximadamente un 40% eran hombres y 60% mujeres. El éxodo masculino hacia el noroeste gomero apenas estaba empezando, llegaría a su apogeo 25 años más tarde.

⁵ “Catálogo del archivo de Moxos y Chiquitos”, Gabriel René Moreno, Notas sobre Chiquitos.

Para elegir autoridades se usaba el sistema censitario, por el cual votaban sólo los hombres, no las mujeres. Pero no todos los hombres, únicamente tenían ese derecho aquellos que supiesen leer y escribir, que fuesen propietarios y con cierto nivel de ingreso. Bajo estos criterios de selección, poco más de 1.000 hombres calificaban como electores en Santa Cruz. Lo que en apariencia daba un peso político importante en Bolivia al tener la segunda masa de electores más grande del país, detrás de Sucre, pero ese peso era relativo y cuestionable, dado que en la práctica el verdadero factor que ponía, mantenía, o sacaba presidentes era el poder militar, que asomaba a cada rato en forma de las revoluciones armadas. No era el voto.

El comercio se hacía por Corumbá. Se importaba todo tipo de mercancías, principalmente europeas, gracias al camino abierto por paraguayos y bolivianos durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870), en la que Santa Cruz había llegado a tener, por algún tiempo, gran importancia estratégica para el Paraguay sitiado al ser su principal (a ratos única) fuente de abastecimiento. Para 1876 hacían ya seis años que había terminado la Guerra de la Triple Alianza, y si bien nadie podía saberlo entonces, un par de años más tarde estallaría la Guerra del Pacífico.

En ese tiempo el estrato más ilustrado de la sociedad eran los abogados, por debajo de ellos estaba el clero. En la mujer⁶ prácticamente no había la tal ilustración. Las clases bajas sabían bien sus deberes y no tanto sus derechos, por lo que tendían a ser sumisas ante autoridades y jerarquías⁷. Seis de cada diez habitantes de Santa Cruz no sabían leer⁸.

Ese fue el tiempo que le tocó vivir a Andrés Ibáñez, sus circunstancias, las que en buena medida revolucionó a tal punto que, casi siglo y medio después de su muerte, su recuerdo sigue vigente.

Tres **Su vida**

Andrés Ibáñez fue sin duda un hombre excepcional, carismático, valiente e inteligente. Hernando Sanabria Fernández dice que Andrés Ibáñez poseía las aptitudes y singularidades que hacen descollar a un hombre dentro de su comunidad: viveza, apego a las multitudes, buen temple de ánimo, facilidad en la expresión y cierto encanto natural de la persona⁹. Pedro Kramer¹⁰ dice de él: “poseía un alma ardiente: como fiscal de distrito, demostró entereza y justificación; como diputado nacional, independencia; como abogado, ilustración; como político y jefe insurrecto, carácter y valor a toda prueba”. Un extranjero residente en Santa Cruz en esa época lo describe en 1876 como: “un hombre talentoso para el medio, que va hacia su segura apoteosis”.

⁶ Es una pena que no existan registros más detallados de la participación de la mujer en la saga igualitaria *ibañista*. Hay indicios de que, como sucedió en la Revolución francesa, el rol de la mujer fue sumamente importante.

⁷ Estado de Santa Cruz en 1870, “Historia de Santa Cruz durante la segunda mitad del siglo XIX”, Victorino Eguez Rivero.

⁸ Censo de Santa Cruz en 1880, Fidel Languidey.

⁹ “Nicómedes Antelo”, Gabriel René Moreno, Nota 22 por Hernando Sanabria Fernández, 1960.

¹⁰ “Carlos de Villegas, estudio histórico biográfico”, Pedro Kramer, 1898

Pero a pesar de la dimensión del personaje, aún hoy es difícil establecer con certeza la fecha exacta de su nacimiento, o quién fue su madre. Es muy posible que Andrés Ibáñez haya nacido el 8 de noviembre de 1843¹¹, y que su madre haya sido la Sra. Carmen Santivañez Gil¹², consagrada en algún momento de su vida a la religión católica en un convento en Cochabamba.

Se sabe que su padre fue el abogado y militar Francisco Bartolomé Ibáñez, hombre poderoso y prominente en Santa Cruz, cinco veces prefecto. Se sabe también que el padre adoraba al hijo, entre otras cosas por haberle heredado la vocación de poder y por mostrar una marcada afición por las armas y todo lo relativo a lo militar¹³. Andrés Ibáñez destacó desde niño por su inteligencia y liderazgo.

Estudió en Sucre, se recibió de abogado a los 24 años. Fue secretario de Tristán Roca en la Prefectura. Poco antes de cumplir los 22 años, en octubre de 1865, participó de una insurrección en Santa Cruz contra Melgarejo. Esta insurrección puso de prefecto a Rafael Peña y se hizo del control de Santa Cruz por tres meses, pero finalmente fue neutralizada. Como consecuencia de eso Tristán Roca fue desterrado al Brasil, pero acabaría, junto a Rafael Peña, en el Paraguay de Solano López que se hallaba entonces en plena guerra contra Brasil, Argentina y Uruguay.

Dada su afición a la milicia, Andrés Ibáñez entrenaba junto a sus amigos maniobras militares en la estancia de su propiedad llamada La Colorada, ubicada unos kilómetros al sur de la ciudad. A lo mejor desde joven intuyó lo que Mao Zedong diría décadas más tarde, que el poder nace del cañón del fusil, es decir; que no hay poder político sin poder militar. Ya a temprana edad reunía entorno a sí a gente humilde, artesanos y pequeños propietarios. La propagación de sus embrionarias ideas igualitarias y sus movimientos potencialmente alborotadores, eran mirados con recelo por parte de la élite local: los más ricos de entonces, la jerarquía eclesiástica y algunos intelectuales destacados.

Recibido de abogado e instalado en Santa Cruz, el ejercicio de la carrera le sirvió para conocer de primera mano las injusticias que cometían los patrones de levita contra las clases populares, enchaquetados y de abarcas. Para conocer el mecanismo real que hacía andar a la sociedad en la que le tocó vivir, y para mejorar su capacidad oratoria. De esa época, 1867, es la carta del tío -a la que nos referiremos más adelante- en donde le advierte del sinsentido de andar emulando la predica de *égalité-liberté-fraternité* en esta parte del mundo.

¹¹ Tomamos como válida la fecha que consigna el Certificado de Bautismo de Andrés Ibáñez transcrito por Daniel Pérez Velasco en su libro "Andrés Ibáñez, caudillo del oriente". Sobre la fecha de nacimiento de Andrés Ibáñez hay también otras versiones. Según los autores Emilio Durán Ribera y Guillermo Pinckert J. en "La revolución igualitaria de Andrés Ibáñez", la fecha de nacimiento sería 4 de febrero. Basan esta hipótesis en que gracias al Acta de Examen de abogado y el Registro de Profesionales en Sucre se descubrió que el segundo nombre de Andrés Ibáñez era Corsino, por lo que, tomando en cuenta la costumbre de poner nombres de acuerdo al santoral romano, esa es la fecha que correspondería.

¹² Como con la fecha de nacimiento, tampoco hay acuerdo con el nombre de la madre de Andrés Ibáñez. Hay autores que señalan a la Sra. María de la Paz Gil (Daniel Pérez Velasco) y también a la Sra. María del Carmen Justiniano (Orestes Harnés) como madres del caudillo.

¹³ Manuscrito Lara.

Inteligente y sensible a la atracción que ejerce el poder, como era, en algún punto debió de haber visto, sentido, la política como herramienta transformadora. Participó en las elecciones de 1868 para concejal, ganó. Luego en las elecciones para diputado de 1872, y también ganó. Cumplido ese mandato regresó a Santa Cruz como fiscal de distrito.

Andrés Ibáñez se casó primero con Julia Serrano y tuvo con ella a su hija Leocadia. Luego, más adelante, se volvió a casar. Esta vez con Angélica Roca, mujer de familia socialmente reconocida, con la que previamente, como se decía entonces; “se había huido”. Es decir, Angélica Roca había sido “raptada” voluntariamente por unos días; recurso usado en la época por el novio para evadir la previsible oposición de los padres, ya que, una vez consumada la evidente unión sexual de la pareja, el único remedio posible para evitar la “deshonra” social de la mujer era el matrimonio. No tuvo hijos con ella.

Angélica Roca resultó una compañera valiente y leal, aparece en la historia plantándose firme en la decisión de estar al lado de su marido cuando estando preso Ibáñez, sus enemigos habían decidido matarlo usando el pretexto de trasladarlo a La Paz con la verdadera intención de asesinarlo apenas iniciada la marcha¹⁴. También reunió y llevó el dinero al cuartel para pagar a los soldados sublevados, lo que determinó la liberación de su marido. Lo último que escribió Andrés Ibáñez antes de morir fue una carta para ella. Años después, Angélica Roca, ya viuda, emigró junto a su familia como tantos otros cruceños y cruceñas hacia el noroeste de Bolivia en el auge gomero. En 1902 estaba cerca de lo que hoy es Cobija, brevísimamente aparece mencionada¹⁵ alejándose de las invasiones brasileras que ocasionaron la Batalla de Bahía en el marco de la segunda revolución acreana, junto a su padre; Angel Roca, que fue vicepresidente del Comité Directivo a la cabeza de Nicolás Suárez que organizó la defensa del Acre formando la Columna Porvenir en 1902.

Retomemos la historia. Volvamos a Santa Cruz de la Sierra, en 1872. Andrés Ibáñez funda El Club de la Igualdad, y como la revolución requiere antes de ejecutarse de medios de comunicación que divulguen sus ideales y adoctrinen a la sociedad -como si hubiesen leído a Gramsci, que todavía no había nacido-, se fundaron varios periódicos. Entre ellos; “El Eco de la Igualdad”, “Talismán” y “El Eventual” que eran escritos por los intelectuales igualitarios (Melquiades Barbery, Mariano Durán Canelas y otros). También “El Trabajo”, dirigido por un argentino. Luego, en 1874, otra vez elecciones para diputado. Y nuevamente Andrés Ibáñez es candidato. Compite contra Antonio Vaca Diez¹⁶, representante de la élite, de la “gente bien”. La campaña coincidió con el Carnaval, y la plaza principal fue escenario del famoso suceso de la levita arrojada al suelo. Antonio Vaca Diez había cometido la imprudencia de agraviar a Ibáñez aludiendo su origen materno (“hijo de puta” dijo,

¹⁴ “No pasará de Mortero” dicen que dijo el Coronel Romero. Mortero era una localidad situada a 26 kilómetros de Santa Cruz, antes de El Torno y un poco hacia el oeste.

¹⁵ Declaración de Fenelón Paz, #16, “Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre”, Nicolás Suárez, Barcelona, 1928.

¹⁶ La expresión “hombre del renacimiento” se usa o se usaba para referirse al tipo de persona que siente curiosidad y persigue distintos intereses culturales, artísticos e intelectuales. Alguien que no se encasilla en una sola disciplina. Tipos que a menudo rayan en la genialidad. Eso fue Antonio Vaca Diez: médico, hombre de ciencia, periodista, político e industrial gomero.

según Daniel Pérez Velasco¹⁷) y burlarse de “la cambada” a la que representaba su candidatura, sirviéndole en bandeja a su rival la oportunidad para el histriónico y simbólico acto de sacarse la levita de los patronos y arrojarla al piso para luego ponerse la chaqueta de los artesanos y salir pregonando por las calles el poderoso lema: “todos somos iguales”. Así nació, pocos días después, el Partido Igualitario. Si en ese entonces hubiera habido encuestas políticas, seguramente se habría notado el ascenso vertiginoso e imparable de la popularidad de Andrés Ibáñez. Ganó las elecciones con más del 80% de los votos.

Pero no terminó su mandato. Una de las tantas revoluciones en Bolivia lo tentó a tomar partido y tomó partido. Eligió el bando del general Quintín Quevedo y del revolucionario Casimiro Corral¹⁸, ex ministro y conspirador profesional de ideas socialistas afines a las del caudillo cruceño. Quevedo y Corral se levantaron en armas contra Tomás Frías. El presidente Frías, raro hombre de ley, había asumido el poder a fines de 1872 luego del asesinato del presidente Agustín Morales e inmediatamente se abocó a organizar unas elecciones justas que ganó Adolfo Ballivián, quien trágicamente murió de cáncer de estómago (Antonio Vaca Díez era su amigo y médico de cabecera), por lo que debió Frías encargarse otra vez del gobierno a principios de 1874. Ahí fue cuando apareció Casimiro Corral, asociado al general Quintín Quevedo, revolucionándose ambos contra Frías. Andrés Ibáñez, secundando a Corral y Quevedo, hizo lo mismo en Santa Cruz, enfrentándose al oficialismo local, llamado entonces “constitucionalismo”.

Fue así como esa *cadena de traiciones, audacia y ambición*¹⁹ de la que se formaban efímeros gobiernos desde los cuarteles, dejó en Santa Cruz de la Sierra a Andrés Ibáñez del lado perdedor. Un tiempo cargado de tensiones que llevaron al bando *ibañista* a enfrentarse a los constitucionalistas que respaldaban al presidente Frías en El Trompillo en marzo de 1875.

Perdieron los igualitarios, pero sin bajas de consideración. La derrota sin embargo les enseñó una valiosa lección: para hacer la revolución era importante contar con armas modernas y munición suficiente. Andrés Ibáñez y sus seguidores emprendieron la retirada hacia la Chiquitania, iniciando así un periodo de semiclandestinidad, que, visto desde la perspectiva de una parte de la élite, tenía características malignas: “Don Andrés conspiraba siempre alrededor de Santa Cruz. La malevolencia se daba la mano con la ignorancia y la envidia”²⁰ dice María Feliciano Rodríguez Coelho. El tiempo que pasó entre marzo y noviembre de 1875 fue visto desde la ciudad de Santa Cruz de la Sierra como una sucesión de hechos vandálicos por parte de los igualitarios. Relata María Feliciano Rodríguez:

¹⁷ “Andrés Ibáñez, caudillo del oriente”, Daniel Pérez Velasco, 1972.

¹⁸ Casimiro Corral (1830-1895): abogado paceño, ocupó varios cargos públicos incluyendo; ministro de gobierno y ministro de relaciones exteriores bajo las presidencias de Melgarejo, Morales y Frías. Conspirador junto a Quevedo contra Tomas Frías, y primer vicepresidente durante el gobierno de Gregorio Pacheco.

¹⁹ “Semblanza de un revolucionario”, Heberto Añez, Presencia, 1967.

²⁰ “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Bueno Aires, 1917.

“Al rico estanciero señor Román Sosa lo habían atado a un poste en el sol, hasta que les entregara dinero; habían carneado vacas para mantener a más de 400 hombres y así pasaban de estancia en estancia, empezando la igualación de bienes al santo y seña de “abajo los ricos”²¹.

A principios de octubre de 1875, buscando hacerse con las armas que tenía el gobernador de San José de Chiquitos, el coronel Antonio Rojas, los igualitarios trazaron y ejecutaron el plan de primero tomar prisionero al coronel Rojas en su casa y luego sitiar el cuartel. El plan funcionó. Consiguieron armas y municiones con las que lograron reunir una columna de 75 igualitarios bien pertrechados y dispuestos a combatir.

Seguramente refiriéndose a los integrantes de esta columna, Félix Ibáñez, ex-militar y hermano de Andrés Ibáñez, rechazando la solicitud del hermano de unirse a su aventura, dijo proféticamente que lo hubiese hecho de buena gana si los soldados igualitarios hubieran sido “tan obedientes como los collas”²². Agregando que los había tanteado y no sólo los hallaba insubordinados sino incapaces de una prolongada fatiga. El tiempo le dio la razón a Félix, que tal vez había leído a Napoleón, quien afirmó que la primera virtud de un soldado es la resistencia a la fatiga, y después, como segunda virtud: el coraje.

Mientras tanto en Santa Cruz se buscaba reunir las armas, municiones y caballos necesarios para perseguir a Ibáñez. Por su lado, el pueblo raso miraba con apatía esos afanes y calladamente esperaba la entrada triunfal de Ibáñez y la repartija de las fortunas.

Finalmente los más ricos facilitaron los medios para que el coronel Ignacio Romero pudiese armar a 100 hombres y marchar hacia Río Grande a dar encuentro a los *ibañistas*. El encuentro se produjo en un lugar llamado “Pozo de los Pororós”, a unos 60 km al este de Santa Cruz, pasando Río Grande, probablemente una pascana. El 23 de noviembre de 1875 los igualitarios de Andrés Ibáñez emboscaron a las fuerzas del coronel Romero, el fuego cruzado duró como una hora. Murieron en total 14 personas, 8 del lado de Romero y 6 del lado de Ibáñez²³. Romero dijo después “creí batirme con un colegial y resultó más militar que yo”. La victoria pudo ser de Ibáñez si un capitán de nombre Rafael Eguez que estaba comisionado a dirigir la reserva y a entrar en batalla en el momento decisivo no hubiese huido. Este mismo Eguez apareció más tarde en San Diego dizque a vender caballos y sospechado de espía fue fusilado.

Llegó el año 1876. Año en que se precipitarían los acontecimientos que llevarían al desenlace de todo lo que venía cocinándose en los últimos años. Andrés Ibáñez regresó a Santa Cruz en marzo. Volvió gracias a que se decretó amnistía de cara a las próximas elecciones. En mayo se celebraron elecciones presidenciales, Ibáñez eligió el lado de Hilarión Daza. Hizo campaña por él.

²¹ Historia de Fe, María Feliciano Rodríguez Coelho, Buenos Aires, 1917.

²² “Los collas”. Así, simple y llanamente, llamaban entonces muchos de los testigos de los hechos a la División Pacificadora del Oriente del general Villegas llegada desde La Paz a Santa Cruz de la Sierra.

²³ Libro de las jefaturas políticas y militares, transcrito en “La revolución igualitaria de Andrés Ibáñez” de Emilio Durán Ribera y Guillermo Pinckert J.

Unos días antes de la elección Daza se impacienta y se anticipa. Da un golpe de estado y se erige presidente de la nación. En Santa Cruz esto no se sabe y las elecciones se llevan a cabo, ganando de todas maneras Hilarión Daza la elección de la mano del partido igualitario de Andrés Ibáñez.

Ibáñez envió un correo de felicitación a Hilarión Daza, pero este correo y otros, de ida y de vuelta, eran retenidos y suplantados en Samaipata en una verdadera campaña de desinformación destinada a envenenar a Hilarión Daza e indisponerlo contra Andrés Ibáñez, hasta entonces su amigo. La campaña tuvo éxito. Los partidarios de Ibáñez señalan a un tal Dr. Oyola como uno de los autores de la maniobra. Ese Dr. Oyola no puede ser otro que el filósofo Mamerto Oyola²⁴.

No le quedó otra a Andrés Ibáñez que volver a la clandestinidad, en los alrededores de Cotoca. Como en el pasado sus enemigos no habían podido derrotarlo por las armas, ensayaron hacerlo por el engaño; atraerlo a Santa Cruz fingiendo perdón por todo lo pasado, para que una vez estuviese en Santa Cruz, buscar el momento oportuno y aprehenderlo. Una carta astuta y mentirosa lo invita a volver. Vuelve, y es apresado el 29 de agosto de 1876. Se piensa simular un trasladarlo a La Paz con la intención de matarlo en el camino. Su esposa exige acompañarlo. Pasa treinta días azarosos en prisión. El 1 de octubre es liberado gracias a un motín soldadesco previamente trabajado por sus seguidores que usa como pretexto los salarios adeudados a los soldados. Ibáñez paga los salarios atrasados (entonces llamado “chancelo”). El coronel Romero muere a manos de sus propios soldados sublevados cuando intentaba, él solo, aplacar el motín.

El 2 de octubre un comicio popular proclama a Andrés Ibáñez prefecto y comandante general de Santa Cruz. Un total de 726 personas firman esa resolución. Como todavía tenía esperanzas de que las cosas se enrumbaran de acuerdo a sus deseos, Andrés Ibáñez escribe a Hilarión Daza:

“He trabajado en las elecciones pasadas por la candidatura del general presidente de la república, y con mis armas y dinero, obligué a las autoridades el 24 de mayo anterior a pronunciarse por la revolución que estalló en La Paz”²⁵

Pero Daza no lo ratifica como prefecto. Y más bien envía para ese cargo al general Juan José Pérez. Es este un momento crítico, un punto de inflexión en la historia de Andrés Ibáñez. A partir de ese momento se archivarán los ideales de “igualdad” para ondear las nuevas banderas del “federalismo”.

²⁴ El filósofo cruceño Mamerto Oyola, autor de “La razón universal” (un ladrillo que en los tiempos que corren sólo debe de haber leído el filósofo liberal Enrique Fernández García, quien valora positivamente a Oyola) tuvo en esos agitados tiempos, leales defensores y feroces detractores. Sus enemigos de entonces, del lado de Ibáñez, lo describen como el cerebro maquiavélico detrás de la maniobra de desinformación en Samaipata que rompería la relación con el presidente Hilarión Daza. Un poco más tarde, Daniel Pérez Velasco, define a Oyola como “filósofo de sacristía”. En el otro lado, el lado de sus defensores, que detestaban a Ibáñez, el Dr. Oyola era apreciado. María Feliciano Rodríguez dice de Mamerto Oyola refiriéndose al entierro del coronel Romero: “el orador más ilustrado del país, senador cruceño, era un hombre honrado y de corazón. Abogado pobre pero dotado en el más alto grado de la facultad de sentir y expresarse, con todas las galas de lo griego y lo romano. Este doctor Mamerto Oyola fue el amigo encargado de hacer esta corona de afectos de la amistad”.

²⁵ “Luz sobre los sucesos de Santa Cruz, Liberación del Dr. Andrés Ibáñez”, UPSA, 2022.

El 13 de diciembre llega a Santa Cruz de la Sierra Juan José Pérez nombrado prefecto por Hilarión Daza. Andrés Ibáñez debe de haber sido un líder de magnética personalidad; ya que uno de los militares que llegó con Pérez, el capitán Valverde, se terminó uniendo a Andrés Ibáñez.

Al no lograr Andrés Ibáñez del presidente Hilarión Daza la designación esperada como máxima autoridad política de Santa Cruz, en la Navidad de ese año 1876 proclama el Club Federal y luego la Junta Superior del Oriente. Para darle más impacto y ganar legitimidad para la nueva causa monta una opereta; se hace apresar y luego liberar. Así termina la fase igualitaria y se inicia la federal. Antes de eso, Andrés Ibáñez no había manifestado incomodidad ninguna con el régimen unitario. Había sido partidario de Hilarión Daza. Incluso, el principal referente del federalismo en Santa Cruz, Felipe Leonor Ribera, no fue parte de la Junta Superior del Oriente, tampoco partidario de Ibáñez, ni antes ni después, y más bien lo combatió con la pluma siempre que pudo.

Vinieron los secuestros para financiar la rebelión. Se detenía a personas y se las amenazaba con azotes o se las mantenía sin comer ni beber hasta que dieran dinero a la causa federalista de Ibáñez. No todas las personas prósperas e influyentes huyeron al campo, hubo alguno que jugó un papel ambiguo y rentable, como el cónsul del Perú, José Lino Torrez, que actuaba de prestamista cuando el secuestrado no podía reunir la cantidad que se le exigía. Una mujer reclamó a un soldado *ibañista* ante la amenaza de detención de una viuda que vivía recluida y nada tenía que ver con política. El soldado dijo: “No es cuestión de política, es cuestión de plata. El que tenga plata será arrestado para con sus bienes sostener la revolución”. Hubo un padre que para evitar que su hija fuese desnudada y azotada debió hacer de todo para reunir lo que le pedían. Cuenta María Feliciano Rodríguez que en esos días su madre portaba oculta una cortapluma con empuñadura de nácar reservada para degollar a la hija; “ésta es para vos, no te entregaré viva a los soldados”²⁶.

Los defensores de Andrés Ibáñez dicen que los fondos fueron manejados con economía y pureza, que la revolución que tuvo al comienzo 100 soldados y al final 300 no resultó tan cara como otras y que el líder no se guardó nada. Citan como prueba la carta póstuma que dejó Ibáñez a su esposa Angélica Roca en la que insta a la nueva viuda a vivir de la caridad de su suegro. Se calcula que la insurrección *ibañista*, que duró casi siete meses, costó un total de 48.500 pesos de la época. El salario de un soldado era de 30 pesos mensuales, se toma un promedio de 200 soldados porque al comienzo eran 100 y 300 al final. Eso más los gastos en municiones, rescate de armas y sueldos del Estado Mayor²⁷.

Un alemán que vivía entonces en Santa Cruz, testigo de los hechos, observó: “Toda la gente decente se ha hecho humo y están en sus estancias o propiedades de terceros, desde donde observan el panorama, pero donde igualmente son molestados de tiempo en tiempo por patrullas de requisición”. La ciudad dejó de tener relaciones con el interior. Empezó a faltar harina, papas y chuño. Pan no podía encontrarse en las panaderías ni en ningún lado.

²⁶ “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Bueno Aires, 1917.

²⁷ Defensa de la revolución del doctor Andrés Ibáñez, autor anónimo, 1 de octubre de 1877, Tacna, Perú.

Año 1877, La Paz, 19 de enero, Hilarión Daza instruye la conformación de una fuerza represora, guardiana del poder centralizador andino, a la que se le puso el sonoro y eufemístico nombre de División Pacificadora del Oriente, a cargo del general Carlos de Villegas, entonces de 52 años. A esta fuerza militar le fue asignada la misión de aplastar a los federalistas. La División Pacificadora del Oriente estaba conformada por dos escuadrones: Rifleros y Chacomas, que totalizaban una fuerza de aproximadamente 300 hombres²⁸ según algunos autores, y de 500 según otros. A esa fuerza se referían los habitantes de Santa Cruz como *los chacomas*, o directamente como *los collas*. A los regimientos de Villegas se le sumarían brevemente, ya en Santa Cruz, 200 hombres más de la Columna Beni, reunidas por el prefecto de ese departamento, José Suarez, y con la colaboración del general Juan José Pérez.

El 27 de enero Ibáñez va a Samaipata al encuentro de las tropas reunidas por Demetrio Roca. El 30 de enero las enfrenta y derrota gracias una oportuna información de inteligencia de un sargento desertor que se cambió al bando federalista. La batalla duró desde la 1pm hasta las 9pm, se libró en una colina que fue sitiada y tomada por Ibáñez. La victoria fue total.

Estando todavía Andrés Ibáñez y sus hombres en los valles cruceños, en El Trigal, a unos 23 km de Vallegrande, el 27 de febrero el capitán Benjamín Urgel informó que pronto pasaría por ahí la División Pacificadora. Se presentó entonces la necesidad de tomar una decisión importante, crítica; enfrentarlos o no. Se tomó como cierta la declaración de un explorador de la División Pacificadora tomado preso, que aseguraba que las tropas nacionales se componía de 800 hombres, veteranos y curtidos en asuntos de guerra. No era cierto, como máximo eran 500. Ibáñez reunió a su estado mayor y se decidió no enfrentar a la División Pacificadora y en lugar de eso batirse en retirada hacia Santa Cruz.

Según Daniel Pérez Velasco la influencia de Javier Tueros, Jefe de Estado Mayor del ejército federalista, peruano que llegó en la invasión de Agustín Gamarra en 1841 y se afincó en Santa Cruz, fue determinante en esta decisión que marcaría un punto de inflexión en el destino del movimiento federalista. En adelante ya nada sería igual.

Visto desde ahora, fue un error. Habían buenas posibilidades de éxito para las fuerzas federalistas, que si bien eran inferiores en número y armamento, podían reforzarse y tenían a favor el conocimiento del terreno y el factor sorpresa. Además de la moral en alto por los recientes triunfos obtenidos. A partir de ese momento Andrés Ibáñez nunca más tomaría la ofensiva y la moral de la tropa no haría sino decaer. Empezaron las deserciones, luego vinieron las traiciones y el desbande, hasta gradualmente ser apenas el puñado de hombres que fue sorprendido en San Diego algunos meses más tarde.

El 20 de febrero regresó Andrés Ibáñez y el ejército federal a Santa Cruz. En apariencia le pide cuentas a Manuel María Fabio, el paraguayo llegado a Santa Cruz aprovechando la apertura del camino entre Santiago de Chiquitos y Corumbá durante la Guerra de la Triple Alianza, por las extorsiones y abusos cometidos contra

²⁸ Según Pedro Kramer, en "Carlos de Villegas, estudio histórico biográfico", La Paz, 1898.

los vecinos para sacar dinero. Fabio es apresado y a los pocos días liberado. El 3 de marzo en una emotiva y masiva reunión con la población en El Cementerio, Andrés Ibáñez y su ejército inician la retirada hacia Chiquitos. Fabio marcha con ellos.

Después de muchos rumores que habían anticipado llegadas que no fueron, finalmente el sábado 10 de marzo de 1877 cayeron los *chacomas* en Santa Cruz. Efectivamente eran algo como 500 hombres, no 800. La sociedad estaba dividida, una parte de la élite se manifestaba feliz con los recién llegados y con el cambio en la situación, al punto de que hubo quienes los ayudaron a identificar *ibañistas* para castigarlos. Otros resistieron y trataron incluso de hacer volar con un explosivo a los *chacomas*, y hubo también un intento de envenenarlos. El 20 de marzo llegó el general Juan José Pérez a Santa Cruz acompañado del prefecto del Beni, José Suárez y 200 hombres armados, contingente al que se llamó Columna Beni. Pocos días después, el 8 de abril, la Columna Beni fue despachada de vuelta al Beni por órdenes de Villegas conduciendo prisioneros *ibañistas*. Artimaña con la que se buscaba que no quedasen soldados cruceños ni benianos en la División Pacificadora del Oriente.

Por las noches se sucedían borracheras y escándalos varios de la soldadesca altiplánica estacionada en Santa Cruz.

El 12 de abril, el subprefecto de San José, coronel Nicolás Ramos, antes federalista luego unitario, primer firmante del comicio popular del 2 de octubre, avisó del desbande de la tropa de Ibáñez. Recién entonces, más de un mes después de haber arribado a Santa Cruz, parte el 13 de abril la División Pacificadora hacia Chiquitos en busca de Ibáñez.

Mientras tanto Ibáñez y su tropa llegaban a Santa Rosa de la Mina. Pocas horas después, dos capitanes, Marcos Mansilla y Manuel José Roca, y sus respectivas compañías se amotinaron. Una vez más el pretexto fueron los salarios adeudados. Según algunas versiones en realidad habían sido sobornadas por Ángel Costas para aprehender a Ibáñez y entregarlo a Villegas. Pero Ibáñez fue rescatado por Benjamín Urgel. Los amotinados huyeron. Escapó Mansilla, se agarró a Manuel José Roca y se lo fusiló. La traición proveniente del círculo íntimo afectó a Andrés Ibáñez. En este punto el ejército *ibañista* que supo tener 300 hombres armados y con voluntad de combatir estaba ahora compuesto únicamente por 50 hombres desmoralizados y en fuga.

Siguió la retirada. No pasó al Brasil porque las autoridades brasileras le exigieron que deje las armas en Bolivia y en eso Ibáñez olió una trampa. Y tal vez efectivamente era una trampa, porque años después el general Villegas declaró al congreso de Bolivia que él había “tomado provisiones” en caso de que Andrés Ibáñez intentara pasar al Brasil. En la víspera, último día de abril, lo que quedaba del ejército federalista -21 soldados incluyendo a Ibáñez- paró en la estancia San Diego, propiedad del Sr. Emilio Peña.

El día anterior un tal Ezequiel Flores, corregidor de Santa Ana, lo engañó enviándole un mensaje en el que le aseguraba que había detenido el avance de Villegas y que los *chacomas* se retiraban a Santa Cruz. Ibáñez le creyó y después de dar la buena noticia a sus acompañantes, se fue a dormir contento junto a una mulata llamada

Trinidad. Algunas horas más tarde Fabio, el paraguayo, más desconfiado por su experiencia en la Guerra de la Triple Alianza se alarmó por el ladrido de los perros, puso el oído en tierra y escuchó el galope de los caballos *chacomas*; en su imaginación anticipó el asalto y fugó a tiempo. Advirtió antes a Ibáñez, que no le hizo caso. Minutos después, a las 2am, cayó en San Diego la División Pacificadora.

Aprendieron a Andrés Ibáñez, a Tueros, y a todos los demás. En las primeras horas de la mañana se celebró un juicio. Villegas tanteó salvar a Andrés Ibáñez pero Villamil se opuso. El 1 de mayo de 1877 fue martes, ese día Andrés Ibáñez fue fusilado en la frontera con Brasil, tenía 33 años.

Escribió Gabriel René Moreno en Catálogo del Archivo de Moxos y Chiquitos que mientras los marinos miran lejos, los relojeros cerca y los científicos a lo ancho, los historiadores escriben desde puntos de vista no muy elevados, lo que les impide avizorar el futuro. Observación y profecía cumplida en sí mismo, en Gabriel René Moreno, quien curiosamente dedicó tiempo y esfuerzo a un trabajo puntilloso y prolijo sobre un episodio sangriento pero menor en la historia de Bolivia como “Las Matanzas de Yañez”, y salvo unas pocas palabras de desdén nada más dijo sobre Andrés Ibáñez y su aventura federalista. Tampoco sobre el asalto de la capitalía por parte de La Paz a Sucre en 1899 con el disfraz federalista. Sucesos estos dos de marcada importancia para la posteridad.

Cuatro

Ideas afrancesadas y el principio de Ockham

Hoy se toma como verdadera la supuesta influencia de las ideas anarco socialistas de Pierre-Joseph Proudhon (“la propiedad es un robo”) en las acciones de Andrés Ibáñez. Sin embargo esta relación carece de evidencias. Es, más bien, una interpretación hecha inicialmente en 1967 por Guillermo Lora, quien consideraba a Andrés Ibáñez como un proto-socialista obrero de periferia. Interpretación que luego fue compartida y reforzada por el reconocido intelectual Carlos Hugo Molina en 1987²⁹, quien también creyó hallar una relación evidente entre el anarco socialismo de Proudhon y la revolución de Andrés Ibáñez. Más tarde, en 2012³⁰, este mismo autor juzgó como prueba de esa relación entre ideas proudhonianas y acción *ibañista*, el hallazgo de un libro en francés de Proudhon fechado en Santa Cruz en 1874. Libro que no puede probarse haya pertenecido a Andrés Ibáñez, o que haya sido leído por Andrés Ibáñez, y menos que haya influido o determinado sus acciones.

Lo cierto, lo evidenciable, es que los detractores contemporáneos de Andrés Ibáñez lo tildaban de comunista y de socialista por sus afanes igualitarios. En una carta de 1867, José Velasco, tío de Andrés Ibáñez, aconsejaba al sobrino: “déjate de *égalité*, *liberté* y otras cosas afrancesadas que solo entienden y saben escribir los tales franceses”.

²⁹ Prólogo de Carlos Hugo Molina al libro “La revolución igualitaria de Andrés Ibáñez” de Emilio Durán Ribera y Guillermo Pinckert J.

³⁰ “Andrés Ibáñez, un caudillo para el siglo XXI”, Andrés Ibáñez, entre el localismo y la universalidad, Carlos Hugo Molina, 2012.

En 1876, María Feliciano Rodríguez relata en su diario: “Llevaban sus entusiasmos sobre la división de las fortunas en beneficio del pueblo. Predicaban la Revolución francesa; Santa Cruz purificada por el bautismo de sangre de la Comuna; abajo los ricos³¹”. Y ya en 1944, muerto Ibáñez, y a 100 años de su nacimiento, su hija Leocadia escribió una poesía en donde habla de su padre y de la bandera igualitaria que había hecho ondear. Un verso dice textualmente:

“Era blanca, de “liencillo”, y sin mancilla;
Tres palabras en el centro contenía
Libertad, Igualdad, Fraternidad
Tres derechos que triunfantes, ver quería”

Proudhon no aparece por ninguna parte.

William Ockham fue un pensador medieval del siglo XIV cuyo legado persiste hasta nuestros días como el llamado principio de “La navaja de Ockham”. Este principio sugiere que entre varias hipótesis posibles para explicar algo, la más sencilla suele ser la verdadera. Que si se quiere entender un fenómeno de forma lógica y racional, no debe cederse a la tentación de dejarse llevar por suposiciones enredadas e innecesarias.

La hipótesis más sencilla es que el igualitarismo de Andrés Ibáñez fue un *collage* de ideas afrancesadas; de la iluminación (Voltaire, Montesquieu y Rousseau) que luego parió la Revolución francesa (1789-1799) y tal vez, también, algo, de la Comuna³² de París (1871), anárquica hija espiritual de Marx. Todo ello mezclado con la adaptación local de esas ideas en Bolivia: el populismo de Belzu, sobre quien Kramer dice: “lanzaba a los de abajo contra los de arriba, atacaba y humillaba a quienes por su riqueza o por su orgullo de sus familias formaban la aristocracia”. Es decir que el igualitarismo de Ibáñez puede entenderse como una confusa variante precomunista que, en los hechos, fue un movimiento anti-ricos³³, con fuertes matices de revancha social, orientado a la redistribución de la riqueza creada por otros, más o menos anti-clerical. Y, como todo movimiento de inspiración socialista; basado en la envidia, ineficiente y destinado al fracaso.

Sobre el tipo de organización *igualitaria* que pretendía Andrés Ibáñez para la Santa Cruz efímeramente federal de fines de 1876 y principios de 1877, sólo Andrés Ibáñez lo sabía. Y si lo sabía, no lo dijo ni lo dejó escrito. A lo mejor porque Ibáñez no era un intelectual sino un hombre de acción³⁴, al que a veces se le quiere atribuir una

³¹ “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Bueno Aires, 1917.

³² “La Comuna fue una revolución precomunista (admirada por Marx y Mao) que desgobernó París setenta y un días (entre marzo y mayo de 1871). En un París hambriento y bombardeado por los prusianos que lo asediaban, los *communards*, descendientes de los *sans-culottes* (entre los que se contaban muchas *femmes patriotes*), impusieron una dictadura del proletariado en una especie de socialismo autogestionario. Después del asedio de las tropas gubernamentales (o versallescas), decidieron destruir la ciudad antes que entregarla” dice Juan Eslava Galán en “La Revolución francesa contada para escépticos”, Editorial Planeta, 2023.

³³ “La plebe *ibañista* se descubría a cada rato gritando “¡abajo los ricos!”. Los días en que pudieran enriquecerse con su trabajo, los gastaban en tomar y asistir a los clubes del partido a oír contar las ventajas del saqueo”, “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Bueno Aires, 1917.

³⁴ Nada tiene de malo ser un hombre de acción y no un intelectual. El discurso que Cervantes le hace decir a Don Quijote sobre las armas y las letras deja en claro la preeminencia de las armas sobre las letras. Sin

profundidad de pensamiento que no tuvo. En la opinión pública de entonces, lo que se creía que el igualitarismo de Ibáñez significaría, en los hechos, era que se le sacaría la mitad de lo que tenían los “pudientes” de entonces para dárselo a la incontable cantidad de pobres³⁵. Eso más azotes y fusilamientos a esos pudientes para satisfacer los deseos de revancha de la base social.

Cinco

Enemigos poderosos

Es cierto que Andrés Ibáñez fue muy popular. Si no lo hubiese sido no habría ganado elección tras elección, ni habrían firmado las más de 726 personas que firmaron eligiéndolo prefecto y comandante general en el cabildo del 2 de octubre de 1876, apenas fue liberado. Ni tampoco se hubiera congregado tanta gente ni derramado tantas y tan sentidas lágrimas el 3 de marzo de 1877 por la tarde cuando se retiró el ejército igualitario hacia Chiquitos en un acto de despedida en lo que hoy sería la Plaza Ñuflo de Chávez, más conocida como Plaza del Cementerio. Es más, quienes intentaron luego de la partida de Ibáñez garantizar el orden público desde ese mismo día 3 de marzo por la noche, creando la Asociación Conservadora del Oriente para garantizar la tranquilidad y el orden mientras llegaban las tropas de La Paz, recibieron únicamente indiferencia, frialdad y burlas de los vecinos ³⁶.

La popularidad de Andrés Ibáñez es entonces, incuestionable. Y no se daba únicamente entre el pueblo llano, que no votaba, sino también dentro del estrato social que sí tenía derecho a elegir autoridades. Un equivalente al actual padrón electoral, podría decirse, pero con rasgos de élite por los criterios que calificaban a una persona para poder votar. Es importante recordar, como se dijo al principio, que en ese entonces se usaba una modalidad llamada “voto censitario”, por la cual solamente podían votar los hombres, hombres que sabían leer y escribir y que eran propietarios. A este grupo bien podría calificárselo como una suerte de élite de entonces. Alrededor 1.000 personas componían esa élite de la época, y Andrés Ibáñez era popular también entre ellos.

Sin embargo tenía enemigos poderosos.

En medio de los sucesos de 1876, uno de ellos, Pedro Rodríguez Coelho, uno de los cuatro comerciantes más ricos de Santa Cruz, a quien por rico Andrés Ibáñez había declarado enemigo y condenado a muerte, afirmó un día que nada le hubiera costado a él (a Pedro Rodríguez) armar a 400 hombres fieles entre amigos y parientes y “concluir con esa situación” ³⁷. Es decir; acabar con Ibáñez.

las primeras no se podrían sostener las leyes ni las repúblicas, ni las ciudades. Tampoco garantizar el tránsito por caminos ni por mares.

³⁵ Manuscrito Lara, citado por Emilio Durán Ribera y Guillermo Pinckert J. en “La revolución igualitaria de Andrés Ibáñez”.

³⁶ La Asociación Conservadora del Orden tenía el objetivo de precautelar la tranquilidad y velar por la continuidad de la actividad pública y privada ante la ausencia de autoridades. Felipe Leonor Ribera, uno de los fundadores, se quejaba de la respuesta ciudadana: “La misma indiferencia se nota en los vecinos; pero tienen la suficiente malignidad para censurar y mofarse de los que se sacrifican gratuitamente en favor del orden público”.

³⁷ “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Buenos Aires, 1917.

No sería preciso entonces afirmar que toda la élite de Santa Cruz de la época lo odiaba. Más cercano a la verdad sería decir que *una parte* de esa élite efectivamente lo odiaba. Pero era el caso de que esa parte de la élite que lo malquería era justamente la más poderosa de la sociedad de entonces. La más poderosa en lo económico, religioso, político, militar e intelectual.

Censitario, calificado o universal, un voto vale igual que otro voto. Lo que no implica que una persona tenga el mismo poder que otra, ni la riqueza. Los enemigos que se había agenciado Andrés Ibáñez eran los más poderosos de Santa Cruz. Los cuatro comerciantes más ricos, los funcionarios públicos y militares de más alto nivel, la élite intelectual y del clero. Para ponerle nombres: Ángel Costas, cónsul argentino y probablemente el hombre más rico de Santa Cruz en ese entonces, Pedro Rodríguez Coelho, rico comerciante (padre de María Feliciano Rodríguez Coelho). En el poder político y militar; Demetrio Roca, prefecto del departamento, el coronel Ignacio Romero, comandante militar, y Demetrio Urdininea, mayor de plaza. Entre los intelectuales, lo más destacado; Gabriel René Moreno, Felipe Leonor Ribera y Mamerto Oyola. En el clero, el deán Cosio y el cura penitenciario Ramón Rodríguez.

Para Gabriel René Moreno, por ejemplo, todo lo que tuvo que ver con Andrés Ibáñez fue despreciable. Le daba lo mismo su versión igualitaria o federalista. Sólo tuvo para con él unas cuantas palabras de desprecio por subvertir el orden imperante. No vio ningún valor, ni ideal genuino, ni nada que valiese la pena en toda la épica *ibañista*. Por escrito se limitó escuetamente a condenar el pánico sembrado por las “ideas demagógicas y de odio”³⁸ de Ibáñez.

El 24 de marzo de 1877, Corina Harriague, hermana de Gabriel René Moreno, escribe a su hermano: “ya el camino está libre con motivo de la entrada de Villegas y la dispersión de Ibáñez y su tropa. Es increíble todo lo que se dice que ha hecho ese bandido y lo que ha sufrido ese pobre pueblo. Dios quiera librarlo para siempre de este malvado”³⁹.

Andrés Ibáñez era hijo natural, es decir, fruto de una pareja que no contrajo matrimonio. Lo que, en la Santa Cruz de la Sierra del siglo XIX, contrariamente a lo que uno pudiera pensar, no era un hecho raro. Según explicó Gabriel René Moreno; refiriéndose a una Santa Cruz de la Sierra de un siglo atrás, pero que en muchos aspectos seguía siendo la misma: era aquella una sociedad en la que “*habían muchos bautizos y pocos matrimonios*”. Una ciudad en la que los numerosos matorrales urbanos existentes eran atravesados por estrechos y misteriosos senderos que llevaban a sitios visitados por el amor.

Imperaba en ese tiempo una fuerte herencia cultural hispánica, enraizada en el carácter insular de aldea, en donde convivía una rigurosa religiosidad católica junto a una sexualidad más bien libertina, tolerada en los hombres y castigada socialmente en la mujer. Aunque no haya sido inusual, el hecho de que Andrés Ibáñez haya sido hijo natural debe de haberle ganado un sello, una marca impuesta por los estratos

³⁸ “El pánico y los cierrapuertas durante la sedición del mestizo Ibáñez en 1876, son indescriptibles a causa de las ideas demagógicas reinantes”.

³⁹ “Gabriel René Moreno Íntimo”, carta de Corina Harriague del 24 de marzo de 1877.

sociales superiores. Sin que haya servido como atenuante el haber sido el hijo favorito de un padre poderoso o que materialmente no haya podido considerársele como un hombre pobre. Todo eso necesariamente debió de haber influido en el desarrollo de la personalidad de Andrés Ibáñez, acercándolo afectivamente a las clases populares y alejándolo de la élite.

A lo mejor por eso sus ideas eran contrarias a esa élite, a ese círculo más pequeño dentro de los que tenían derecho a votar. A los más ricos de entre los acomodados, a los más poderosos de la ciudad. Ideas que estaban orientadas hacia la izquierda, es decir hacia la igualdad, no hacia la libertad. Lo que lo ponía más cerca de los sectores populares que de la élite. Su electorado era principalmente el artesanado de la época, lo que no quiere decir que no haya habido también gente prominente que haya simpatizado con él. Este sector de la élite que lo odiaba, lo odiaba a tal punto que cuando llegó a Santa Cruz la División Pacificadora estableció un premio de cinco mil pesos para quien trajese la cabeza cercenada de Andrés Ibáñez. No en sentido figurado sino literal: querían que sea decapitado y que se traiga a Santa Cruz su cabeza en una bolsa engomada. Lo que no se hizo porque esto incluso a los comandantes de la División Pacificadora les pareció un acto de barbarie.

Semejante grado de animosidad en contra se la ganó Andrés Ibáñez a pulso, gracias a los préstamos forzosos, por no decir los secuestros y pedidos de rescate, los azotes y amenazas que impuso a las personas más ricas de entonces para financiar su revolución. En ese menester jugó un papel ambiguo y rentable el cónsul del Perú, José Lino Torrez, quien actuó como “fiador”, garante y prestamista, de los montos que exigía el movimiento federalista a algunos ciudadanos a cambio de su libertad.

Cuando todavía no había regresado la División Pacificadora del Oriente después de haber cumplido con su misión, y aún antes de regresar desde Chiquitos a Santa Cruz de la Sierra, “las damas de sociedad se afanaban por agasajar a los victimarios de sus paisanos”⁴⁰. Y una vez arribada la tropa comandada por Villegas y Zapata, lo más selecto de la sociedad cruceña abrió las puertas de sus casas en bailes y cenas de homenaje y agradecimiento. De los cuales se celebraron al menos diez entre el 7 de junio y el 7 de julio de 1877, tan concurridos como que en alguno llegaron a asistir 80 damas y 100 caballeros. Se dio el caso que un mismo anfitrión organizó o prestó su casa hasta tres veces, como fue el caso de una señora de nombre Ramona Antelo y del cónsul del Perú y prestamista de secuestrados; Lino Torrez. A otra señora de nombre Adriana Franco, que igualmente había organizado un baile, su hermano le reprochó públicamente: “Cómo es posible que tú, que eres mi hermana, hagas una fiesta para un militar colla que acaba de derramar sangre cruceña?”.

A propósito de esto, y según María Feliciano Rodríguez Coelho, su padre, Pedro Rodríguez, el rico comerciante, contemplando los bailes y homenajes que daba la élite cruceña a la División Pacificadora del Oriente, dijo:

“Los que bailaban hace pocos meses en casa de Andrés son los más entusiastas para preparar a ellos y a sus mujeres e hijas para el baile que dará José Lino a los de la División. Cosa que me parece tan mal... ¡un baile!, ¡por el

⁴⁰ Felipe Leonor Ribera citado en “La revolución igualitaria de Andrés Ibáñez” de Emilio Durán Ribera y Guillermo Pinckert J.

fusilamiento!. Al fin era un cruceño el que había sido ejecutado; un cruceño inteligente, que es lástima que emplease tan mal los dones que tenía. Bien muerto está, pero los cruceños no deben bailar por la muerte de un cruceño”⁴¹

Seis

Dos errores estratégicos

Andrés Ibáñez cometió dos errores estratégicos, capitales, que a la larga resultaron fatales. Uno de ellos después de vencer en Samaipata, en el Trigal, el 27 o 28 de febrero de 1877, cuando se anotició que la División Pacificadora se acercaba en su marcha hacia Santa Cruz de la Sierra. Le informaron mal o se dejó engañar por el explorador *chacoma* apresado, no validó la información con otra fuente. Creyó que realmente eran 800 soldados veteranos los que venían tras de él, cuando en realidad resultaron ser menos de 500.

En ese momento el ejército igualitario, devenido federal, tenía la chance real de ganar reforzándose y emboscando a la División Pacificadora en el terreno que ellos, el ejército de Andrés Ibáñez, podía haber elegido. Pudo haber llevado adelante una campaña de hostigamiento y desgaste, utilizando a su favor el factor sorpresa y el conocimiento de la zona. Pero eligieron no hacerlo. Andrés Ibáñez como comandante, luego de consultar con su estado mayor, tomó la decisión de retirarse.

Haya habido o no la influencia blandengue de Tueros⁴² sobre Ibáñez que acusa Daniel Pérez Velasco, da lo mismo; la decisión, y por tanto la responsabilidad, fue de Ibáñez⁴³. Y ese fue el principio del final, de ahí en más el ejército federalista atemorizado y desmoralizado fue desintegrándose gradualmente. Camino de vuelta a Santa Cruz, y sobre todo en la retirada desde Santa Cruz hacia Chiquitos, en el ejército federal a partir de ese momento todo fue desbande, traición y desertión; de un total de 300 hombres armados y dispuestos a combatir que había en Santa Cruz, para cuando la retirada alcanzó Santa Rosa de la Mina ya no quedaban sino 50, y al final, en San Diego, apenas 21.

Asumiendo por un momento que el ideal federalista haya sido genuino y no un recurso desesperado de última hora, fue entonces un error estratégico haberlo subordinado al igualitarismo. Es decir, haber dejado para último lo que debió ir primero.

Las acciones que se llevaron a cabo bajo el ardor de los ideales igualitarios antes de diciembre de 1876 fueron determinantes para el fracaso posterior del federalismo

⁴¹ “Historia de Fe”, María Feliciano Rodríguez Coelho, Bueno Aires, 1917.

⁴² Algo de razón debe tener Daniel Pérez Velasco en la pobrísima opinión que sobre Tueros tenía. Francisco Javier Tueros fue, de entre los fusilados junto a Ibáñez en San Diego, el único que planteó a su caudillo en el último momento, frente al pelotón de fusilamiento, un desubicado reproche. Como si al incursionar en política (que siempre es una aventura), o peor aún; al hacer una revolución, alguien pudiese ofrecer alguna garantía de éxito.

⁴³ Daniel Pérez Velasco atribuye este error de cálculo al mal asesoramiento y cobardía del peruano Javier Tueros. En cualquier caso, la responsabilidad era del comandante: Andrés Ibáñez. “Andrés Ibáñez, caudillo del oriente”, Daniel Pérez Velasco, 1972.

porque gracias a eso Andrés Ibáñez y sus seguidores se hicieron de poderosos enemigos. Concretamente dos. Uno de ellos, la parte más poderosa de la élite cruceña de entonces, la que desde años atrás le temía por la amenaza que representaba a sus vidas y haciendas. Y el otro; el gobierno central, surgido en los últimos meses de su vida, que, aliado con los primeros, se mostró implacable y decidido a aniquilarlo ante la amenaza de perder su condición de poder unitario, centralista y centralizador.

La revolución federal de Andrés Ibáñez hubiera tenido mejor suerte si su líder hubiese tenido una lectura realista y correcta de los factores de poder de la época: el gobierno unitario nacional, la élite local y el pueblo cruceño. Y a partir de eso, hubiese diseñado una mejor estrategia. Por ejemplo; adoptar el federalismo desde el inicio y aliarse a la élite local. Pero no solo a la cruceña sino también a la élite del Beni y la de Tarija, y juntos desde ese frente oriental haber combatido contra el poder restante; el gobierno central boliviano. Si desde el comienzo la causa hubiese sido una sola, digamos el federalismo, pudiese Andrés Ibáñez haber sumado aliados locales y combatido en mejores condiciones contra el gobierno de Hilarión Daza.

Sin embargo esa opción no existió nunca. Dado que desde un comienzo, con la etapa igualitaria, el movimiento *ibañista* se había ganado ya el odio de la parte más poderosa de la élite cruceña. Lo que hizo que, para cuando llegó el momento de combatir a las fuerzas nacionales, naturalmente se juntaran esos dos poderosos enemigos en su contra.

Siete

Las causas son más grandes que los hombres

Probablemente la ambición, la innata orientación hacia lo popular y su contracara; el anti-elitismo, fuesen realmente las características genuinas de la personalidad de Andrés Ibáñez. El igualitarismo, la mejor y más natural expresión de su personalidad. La causa de su vida. No la lucha contra el unitarismo andino, ya que hasta antes de diciembre de 1876 no tuvo reparos en ser partidario y militante de Hilarión Daza, meritorio exponente del caudillismo bárbaro de la época. Tipo ignorante, astuto y abyecto, destituido como capitán general del ejército en campaña en plena Guerra del Pacífico, sospechado nada menos que de haberse vendido a Chile.

El federalismo, entonces, no parece haber sido una causa particularmente importante para Andrés Ibáñez; nada dijo de federalismo antes de la decepción que le causó el nombramiento del general Juan José Pérez como prefecto de Santa Cruz en diciembre de 1876. Justamente es en ese momento en que el ideal de igualdad fue rápidamente reemplazado por el de autodeterminación oriental en forma de federalismo. Lo que dio paso a la creación de la Junta Federal del Oriente.

Otro dato: el principal referente del federalismo en Santa Cruz en ese tiempo era Felipe Leonor Ribera, quien había formado un año antes en Sucre una logia masónica entre estudiantes cruceños que tenía por fin instaurar el federalismo en Santa Cruz y en Bolivia. Ribera no participó de la Junta Federal creada por Ibáñez. Es más, fue su enconado adversario; le disgustaban profundamente el personaje y sus ideas igualitarias.

Lo más probable es que para Andrés Ibáñez el federalismo haya sido un recurso desesperado de última hora. Un medio para alcanzar el poder y desde ahí implantar el igualitarismo. ¿Qué hubiera pasado de triunfar Ibáñez? De haberse mantenido fiel a sus principios igualitarios, en el mejor de los casos hubiese intentado hacer más justa la sociedad en la que le tocó vivir. Pero como lo que importa son los resultados y no las intenciones, seguramente el bienintencionado experimento hubiera conducido a un infierno colectivista instaurado por un régimen sangriento y empobrecedor, igualador para abajo. De esos que envilecen a la ciudadanía, haciendo de la falsedad y la envidia la norma de convivencia. Donde el fracaso es el resultado inevitable por estar guiado este hipotético gobierno por ideas que la historia ha probado erradas una y otra vez a lo largo del tiempo. Sociedades en las que, a título de redistribución o justicia social, se destruye la riqueza creada por otros y se termina empobreciendo a todos. Rebajando a un mismo nivel al flojo y al emprendedor. Todo para saciar los resentimientos colectivos y los deseos de revancha social. Sociedades en las que al final, amargamente, se descubre que *todos son iguales pero unos son más iguales que otros*⁴⁴.

Por supuesto que estas son especulaciones. No puede saberse realmente lo que hubiera pasado de haber triunfado la rebelión de Andrés Ibáñez. Entre otras cosas porque dejó muy poco o nada escrito sobre sus ideas, sobre la utopía que perseguía o sobre el tipo de sociedad que quería construir. Sabemos que el igualitarismo fue la causa de su vida, la primera, a la que más tiempo y energía dedicó. Pero no podemos precisar conceptualmente qué era exactamente ese *igualitarismo ibañista*. Lo que se puede elucubrar, suponer, es que el igualitarismo de Andrés Ibáñez fue una variante difusa y ambigua de los socialismos locales de moda entonces, remedos de la Revolución francesa (1789-1799). Y a lo mejor también de ese anárquico experimento social de inspiración marxista que fue la Comuna de París (1871). Pero hasta ahí. Afirmar otra cosa sería atribuirle una profundidad de pensamiento que no tuvo, forzar una romantización del personaje.

Pero el hubiera no existe. Y en su momento la suerte fue echada.

La historia reserva lugares para unos pocos. Para la inmensa mayoría queda el olvido. Tenía razón quien dijo que, si uno logra meterse en la historia, es decir; si no se es borrado por el olvido, no puede saberse sin embargo en qué imágenes lo traducirá el futuro, o qué significado le atribuirá el porvenir. Es algo que escapa al control.

Lo cierto es que “este porvenir” de primer cuarto del siglo XXI quiso que fuese Andrés Ibáñez y no otro el símbolo de la aspiración de autodeterminación oriental, el referente principal por haber independizado Santa Cruz por dos meses y medio⁴⁵. Dios, la historia o el azar lo eligieron a él como encarnación de la legítima aspiración de una región por apropiarse de su destino, de vivir en libertad y no en servidumbre, sin miedo y ejerciendo su derecho a prosperar por su propio esfuerzo. Como dijo el rico comerciante de entonces, Andrés Ibáñez fue un cruceño inteligente que

⁴⁴ George Orwell, *Rebelión en la granja*, 1945.

⁴⁵ Setenta y cinco días pasaron desde la proclamación de la Junta Federal del Oriente, el lunes 25 de diciembre de 1876, hasta la llegada de las tropas de Villegas a Santa Cruz de la Sierra el sábado 10 de marzo de 1876.

lastimosamente malepleó los muchos dones que tuvo. Abrazó y condujo una revolución guiado por un ideal perverso que suena bonito, pero que en la práctica sólo ensangrienta y empobrece a la sociedad ahí donde se lo aplica.

Lo que en modo alguno significa que una región productiva, a la que llegan desde todos lados buscando oportunidades para prosperar y vivir en libertad, no tenga derecho a apropiarse de su destino y a gobernarse a sí misma. E incluso, a ser ejemplo para los demás, y por qué no: a liderar un país. Las causas son más grandes que los hombres.